

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

Don Quijote



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

15 CÉNTIMOS NÚMERO

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 } trimestre..... 2,50
 } año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas.
 } semestre..... 6
 } año..... 12

EN PLATA...

—¿Tragistes dinero, Sancho?

—Vaya una pregunta que le ocurre ahora hacer á vuesa merced. ¿Y para qué quería vuesa merced que tragese dineros ¿caso nos son necesarios los cuartos? Cojamos el pucherete, que mientras Dios conserve la vida á D. Alberto Aguilera, santo varón, del cual, indudablemente hay que decir que es hombre de muy hermosos y muy caritativos sentimientos, hallaremos la racioncilla diaria. El tiempo no es malo, se puede dormir al raso; bien que á esto ya estamos hechos, vuesa merced y yo, por lo tanto, demandemos pitanza... y tumbémonos á la bartola.

—Pero Sancho, ¿piensas que vamos tú y yo, á quienes todo el mundo conoce, á mi por mis hazañas y á tí por tus gracias; á mi por mis aventuras caballerescas y á tí por tus chistes y refranes; ¿vamos digo, á convertirnos en ermitaños? Nos haríamos pastores, como ya en otra ocasión propuse que nos hiciéramos, y fuera buena idea, que nada hay más honesto que el gozo de la vida en el campo; la apacibilidad de los valles, el retiro de los bosques humbrosos, la frescura y transparencia de las fuentes y la regalada música de las avejillas canoras.

—Ta, ta... ta, déjese de retóricas señor, que no están los tiempos para tales sonatas.

—No son retóricas, Sancho, repito que podríamos hacernos pastores ó ermitaños... pero lo que dices no podremos hacerlo sin perder la vergüenza. Así, pues, busca modo de que tengamos moneda, que sin ella no podremos vivir.

—¿Moneda? «Adiós, tú, lonja del almidón!» como dice el maestro Romea en *El padrino del nene*. ¿Sabe vuesa merced lo que hacen ahora los que las tienen? Pues por patriotismo mandan la de plata, como mandaron en otro tiempo la de oro al extranjero.

—No será por patriotismo, Sancho, sino por egoísmo.

—Por patriotismo, señor mío, porque lo que ellos se dicen: «ya que la mayor parte de los españoles están pobres, que no se llegue á decir que lo somos todos». Hagamos el agio.

—¡Infamial! ¡Infamial!

—Ya ve vuesa merced que el Gobierno dice que eso es lícito y boca abajo los demás. Si hubiera en cualquiera de las ciudades sitiadas por el enemigo, un individuo que impidiese el aprovisionamiento de víveres, sería sometido á un Consejo de guerra y, ¡pum! al llegar al «su único hijo», caería acribillado á balazos, pero los que por su negocio empobrecen la patria cuando tan grandes sacrificios realiza esta para sostener la guerra, esos con ponerse cintitas nacionales y cantar la marchita de ¡Vi-va-Es-pa-ña! ya cumplieron, y sino ahí están los pedantes, como un señor no sé cuántos que en uno de los papelotes de «La gran circulación», dice que no hay tal cosa de agio, sino que como las gentes no tienen en qué pensar y se aburren, y como son tan bestias que ignoran lo que vale el dinero, se resuelven á divertirse. ¿Cómo? Pues lo que ellas se dicen. «Hagamos cola en el Banco, así se producirá alarma; subirán los artículos de primera necesidad y ¡cuánto! ¡cuánto nos vamos á divertir! Además, con esto, los enemigos se animarán á proseguir la guerra, si es que se sien-

ten desmayados, ¡y ande el jaleo!... ¡Ah! señor, señor, que no pienso mal cuando pienso que los más intolerables enemigos de España, son los pedantes que se nombran asimismo maestros de todos nosotros; los peores filibusteros son ellos. Lean esos el último libro del redentorista Labra, apóstol de la blanquería, y de la negrería y de la charlatanería ñaiguista, el último libracó hecho de recortitos y defensor de las *intitusione democraticas de lo Estado Unido*, y con eso acabarán de entontecerse para siempre y nos dejarán tranquilos? Lea usted estos libros. Y lea también vuesa merced ese libro.

—¡Nunca, voto á mi vida! ¡Sancho, nunca! ¡No hables de tales maestrillos pedantes, peste de la república! ¡Qué necesidad tenemos de que se nos quiera aleccionar con quisicosas exóticas y doctrinas de extranjería á nosotros que en nuestra historia, en nuestro carácter, en leyes, en libros de enseñanza, tenemos graves y hermosos fundamentos para que el mundo aprenda de nosotros, cuanto más para regirnos y para enaltecernos sin adular nuestra naturaleza ni prostituir nuestras almas!

—Lee, Sancho; lee la ley de partidas, lee el fuero juzgo, lee las leyes de Indias... y verás, Sancho, amigo, como allí, allí se encuentran manantiales para afirmar en las leyes la autoridad y la libertad de la patria. ¡Curémonos del extranjerismo!... ¡Vivamos de lo nuestro, que es muy hermoso!... «Si España hubiere general necesidad de hombres ó de guerras, dado les es al príncipe y á los concejos todos dar leyes y pragmáticas en procura del bien común, que todos los reinos de Castilla nacidos son como hijos de una misma madre, é todos tienen el mismo Dios y han de sufrir si fuere menester, y pechar cuando fuere necesario pechar, y los que en un suelo nacieron, en ese suelo habrán de ser enterrados», dice un sabio español.

Y qué habrán de enseñarnos los pueblos de fuera á nosotros, que conservamos de los comuneros de Castilla esta afirmación de un progreso á que, como bien dice Lafuente, no ha llegado aún pueblo alguno.

Pero volviendo á nuestro asunto, ¿no han salido ya grandes cantidades de plata para Tánger? ¿Que no ha sido tanto como otros años? Miren qué sofisma. Es tal como si yo dijera... al que me acusare de manirotó y gastador. «Menos he gastado yo que gastó mi abuelo; desde ayer á hoy gastéme cien duros... y mi abuelo gastó cuatro millones... en toda su vida.»

¡Claro que no ha subido á mucho la exportación, gracias al grito de alerta lanzado patrióticamente á tiempo!

A los que defienden hipócritamente el agio... condéneseles á leer un libro.

«¡Que los procuradores á Cortes no puedan, por ninguna causa ni color que sea, recibir merced de sus altezas... de cualquier calidad que sea, para sí ni para sus mujeres, hijos ni parientes, so pena de muerte y perdimiento de bienes, porque estando libres los procuradores de codicia, y sin esperanza de recibir merced alguna, entenderán mejor lo que fuere necesario al servicio de Dios, de su rey y bien público!»

Léase luego la definición de tirano en la ley de partidas; atiéndase á los derroteros de nuestros sabios marinos, los primeros del mundo; estúdiense en nuestros misióneros y en los legisladores de las Indias... y se verá

que España puede, de su historia y doctrina, sacar fuerz y luces para elevarse y engrandecerse... ella, civilizadora de más de la mitad del mundo.

—Habla bien vuesa merced, pero nada me dice de la victoria de nuestro barco *Cristóbal Colón*...

—¿Qué he de decirte, Sancho? Que con toda el alma celebro el triunfo... pero que espero aún, espero... confiando en Dios... y en nuestros valerosos hermanos... Tendremos paz... no ya honrosa sino gloriosa.

—Y provechosa.

—La habrá para mí y para tí, para D. Quijote y Sancho.

LA MANTILLA BLANCA

La bandera española, que simboliza lo oficial y lo altivo de nuestra raza, es el paño flotante que ondula al viento, teñido en los colores de rojo y gualda. Pero la otra bandera, la que consigo maniatadas y presas lleva las almas, la que rinde fierezas de corazones, es la deslumbradora mantilla blanca. De las inmaculadas plumas del cisne, y de las esplendentes rosas nevadas, y de los marfileños lirios lucientes que al abrirse vistieron místicas albas, se hizo para vosotras la celosía de ese trozo gallardo de airosa randa, que los gnomos dibujan y delinean sobre un muro calado de nuestra Alhambra. Echado hacia la linda tez primorosa, la luz que sus encajes alegre y baña, juego de mariposas rubias y negras tejerá sobre el cielo de vuestra cara. Dirá á vuestros oídos esa mantilla mil coplas aprendidas de la guitarra, mil coplas andaluzas que ella conoce y entretejidas llevan sus hebras blancas. Dejará en vuestras sienes de nardo y oro los ecos cadenciosos de las parrandas, en que un mozo rendido dice á su novia que le tiene de amóres deshecha el alma. Os hablará de vivas, locas verbenas, orladas de claveles y de albahaca, donde la chula luce sobre su cuerpo la policromía ardiente del chal de llamas. Dirá á vuestros ojos lances famosos de escenas de Sevilla, Córdoba y Málaga, y os mostrará las rejas donde sollozan palabras y suspiros los que se aman. Os hará ver, calada por el rocío, la jarra que remeda las griegas ánforas, y el búcaro poroso que perlas llora puesto á la fresca sombra de verde parra. Os pintará los ricos patios marmóreos de la oriental Sevilla, gloria de España, y os dirá: «Como tengo bordado el velo, bordada está la torre de la Giralda.» De los crótalos rónicos al son alegre unirá á las del baile bellas mudanzas, y entre copla y suspiro, fingirá el choque y el beso de las copas y de las cañas; tenderá á vuestros ojos el cuadro vivo de la fiera corrida llena de hazañas, y os hará ver los lances y gallardeos de Guerra primoroso, rey de la capa.

DON QUIJOTE

LAS AMAZONAS YANKAS



¡Mira, mira cómo llegan!
¡Mira, mira cómo salen!



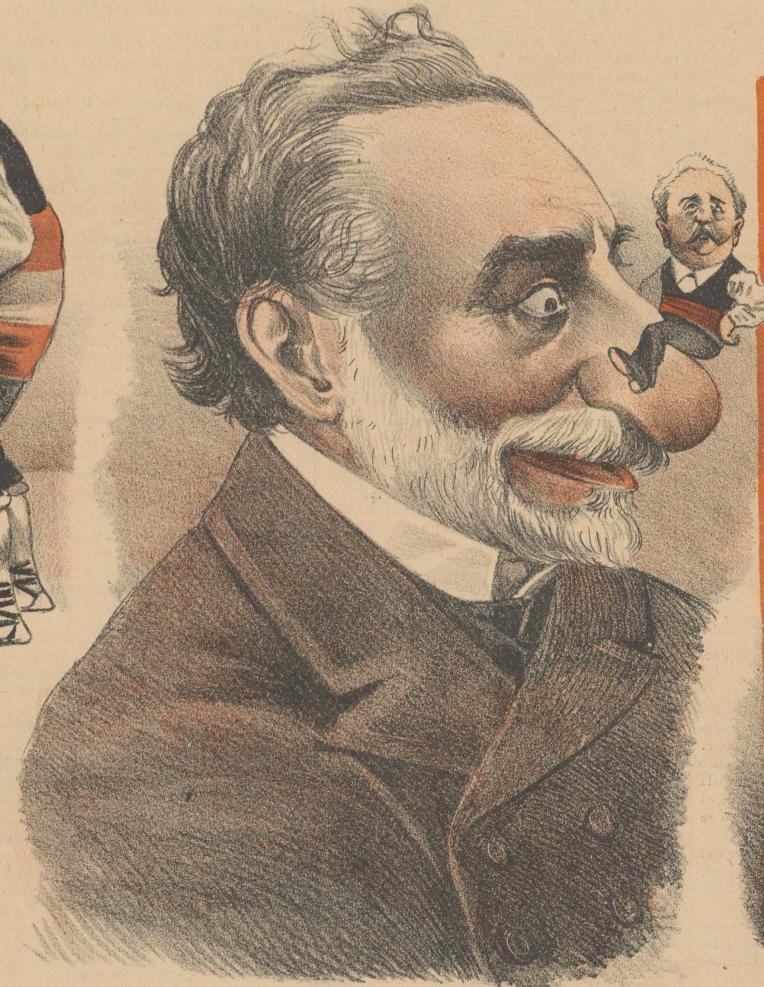
Bajas negociaciones



—¡Toma, que buena falta te hacen!



Rompe cabezas de actualidad
¡Toma! está nuestra escuadra!



—¡Creo que me ha salido un grano en la nariz.



Servidor no quiere nada con la «señora Paix».



Para resolver el conflicto de la plata.

Ayuntamiento de Madrid

Es la insignia del pueblo la alba mantilla
que rima con la peña de antigua usanza,
y quien alza á los aires esa bandera
conquista corazones en vez de palmas.
Símbolo de Sevilla me parecéis
con ese adorno, velo de tantas gracias;
¡poetas españoles, vivan las sienas
que llevan nuestra airosa mantilla blanca!

SALVADOR RURDA.

ECOS

A la pobre patria mía
la llevan á enterrar...
Ved lo que el vulgo decía
viendo al féretro pasar.

A seguida de esta cita, sólo á medias campoamorina—un curioso más ó menos impertinente, valiéndose al efecto de todos los medios de información,—debates parlamentarios, *interviews*, indiscreciones, comadrazgos y diálogos de puerta de tierra,—ha recogido el odorífero ramillete de ecos de la opinión que tenemos hoy el gusto de poner bajo la nariz del lector.

Sagasta.—Yo me lavo las manos. Los republicanos del 73 son los causantes de la catástrofe de Manila.

Capdepón.—Para probar las simpatías de que goza, mos y la confianza que merecemos, proclamamos la ley marcial.

Canalejas.—Ahora que ello no tiene remedio diré á ustedes las muchas cosas que aprendí durante mi viaje á Ultramar.

Moret.—Todo, todo menos pagar indemnizaciones.

Correa.—Si no tuviéramos barcos nos sería fácil alcanzar el triunfo en esta guerra esencialmente marítima.

Puigerver.—Me encanta la igualdad de todos ante el sacrificio. Sacaré á los pobres su sangre para pagar en francos los intereses de la Deuda.

Gamazo.—No me explico las quejas de la gente pagándose el trigo á setenta reales fanega.

Montero Ríos (sonriendo mefistofélicamente).—¡Pues no me querían echar el muerto!

Gullón.—Rampolla nos sacará de este trance.

Silvela.—Sinceridad, lealtad, nada de intenciones aviesas, nada de nebulosidades que ocultan el pensamiento ni de artificios retóricos para decir y no decir. El corazón en las manos: tal es mi divisa.

Romero.—La seriedad es la primera condición de la política. Me apestan los fantoches que cada día dicen una cosa y esos hombres ligeros, con los cuales no se puede atar ni dos ochavos de cominos.

Pidal.—Es preciso cauterizar con el hierro y con el fuego la hedionda, la asquerosa llaga del caciquismo.

Martínez Campos.—No me canso de decirlo desde Sagunto: lo primero es mantener la disciplina.

Navarroreverter.—Nada, nada hay tan funesto como las patrañas y artificios en materias financieras. La mentira económica es la peor de las mentiras. En asuntos de contabilidad el pan pan y el vino vino.

Berángier.—Ahora, ahora se están tocando los efectos de la mala administración en las cosas de la marina.

Castelar.—Siempre dije yo que la monarquía de mis queridos amigos Cánovas y Sagasta conduciría á España á la ruina.

Nocedal.—¿Qué demonios hace ese Papa?

Don Carlos.—Sólo cuando acabe la guerra extranjera, sólo entonces llevaré yo á mi idolatrada España la guerra civil.

Castellano.—¡Yo me crezco!

Aguilera.—¡Yo me achico!

Los obispos.—¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

Los seminaristas.—¡Que vayan, que vayan!

Los reaccionarios.—¡Qué tiranía!

Los radicales.—Aquí hace falta una dictadura.

Los carlistas.—Nosotros somos los guardadores de la dignidad de la patria.

Los republicanos.—Las circunstancias requieren de nosotros una reunión íntima, cordial y sincera; ¿eh?

Los ricos.—¡Qué malo está todo!

Los que no tienen un céntimo.—Hay que dar hasta el último céntimo para salvar el honor de España.

Los estudiantes.—Que nos aprueben este curso de real orden... por patriotismo.

Un dinástico (desfallecido).—Se hace indispensable un gobierno de fuerza.

Un jugador á la baja.—Hay que mantener á toda costa un crédito nacional.

Un acaparador.—Me parece que el gobierno no se preocupa bastante de la cuestión de subsistencias.

Un patriota.—¡Viva España!

Un guardia.—¡Ah, pilló!

Una voz lejana.—Adiós para siempre.

Una dama devota.—Oremus.

Cánovas (desde su tumba).—La monarquía es la paz.

La madre España (con enlutado arreo).—¡Dios mío, Dios mío; cómo me han puesto!

De todo lo cual doy fe.

ALFREDO CALDERÓN.

ALMA LATINA

Después de haber prodigado su vigor la raza latina en la creación de las nuevas nacionalidades, ahora se revuelven contra ella sus hijas ingratas y la abofetean indignamente.

Se nos ha disputado á los latinos la dirección intelectual del mundo cuando apenas tiene nada el mundo germánico y sajón que no se lo hayamos dado nosotros, desde el alfabeto hasta los eternos modelos del derecho y del arte.

¿Qué ha inventado el pan germanismo y el pan sajónismo, que revele una iniciativa superior á las realizadas por nuestra raza? Todos los progresos materiales modernos tienen su raíz en el mundo latino. ¿Existiría Edison sin Galvani, Darwin sin Lamarck?

El espectáculo es repugnante.

No lo dió seguramente la inmensa Roma cuando dominó por la fuerza de las armas á su madre y maestra Grecia. Vencida, siguió siendo Atenas la capital intelectual del mundo latino.

Ese insulto de llamar pueblos muertos á los pueblos padres y abuelos, esas coaliciones hoy imaginadas por ingleses y yanquis en contra de la raza latina, son notas reveladoras de la brutal condición de su estirpe.

No hemos logrado los latinos civilizar á esos bárbaros. Siguen ahullando en sus ciudades confortables como lo hacían hace siglos en sus bosques salvajes.

Les enseñamos á leer y escribir, adquirieron de los latinos algunas nociones de ciencias y artes, imitaron y perfeccionaron nuestros inventos, porque en estas facultades inferiores de la adaptación industrial muestran mucha viveza, pero no hemos logrado llevar á su espíritu, perturbado por el opio de la cerveza, nociones claras de moral política, de derecho internacional y aquel espiritualismo grandioso de nuestra raza, creadora de la idea de la justicia, de la razón y del derecho.

Nuestros padres los romanos y griegos llamaban *bárbaros*, es decir, extranjeros, á esa masa grosera del populacho rubio de las selvas del Norte.

Nosotros, conociéndolos mejor, seguimos llamándolos bárbaros, en el sentido moderno y justo de la palabra.

Máximas de esa raza:

Dice un germano: «La force prime le droit.»

Dice un sanjón: «El tiempo es dinero.»

Dice un yanqui: «Adquiere un *dollar* todos los días honradamente, y si no puede ser honradamente, adquiérello todos los días.»

Dice otro sanjón: «Los pueblos débiles son pueblos muertos.»

Afortunadamente, el alma latina vela en Europa y América y sabrá rechazar la segunda invasión de esos bárbaros.

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

Murió el pobre sacristán de las monjas de Hortaleza, y al morir dió de cabeza en el reino de Satán, parando en tan mal recinto por infringir desatento yo no sé qué mandamiento entre el séptimo y el quinto.

Repuesto de la caída el inquilino reciente, examinó diligente la satánica guarida.

Apenas pasó el dintel, vió con ira en un retablo tendido á los pies del diablo el arcángel San Miguel; blandiendo espada luciente el señor de los infiernos, y el santo con unos cuernos hasta la pared de enfrente.

¡Ah! Desbordándose en ira ante la rara escultura, con rabia gritó:—¡Imposición! ¡Mistificación! ¡Mentira!

Iba ya como una fiera sobre el grupo con furor, cuando un diablo historiador le advirtió de esta manera:

—Pero, necio, ¿qué motiva tan extraño frenesí? Pues qué, ¿no se escribe así la historia por allá arriba?

LANZADAS

La prensa de casa y boca se ha desatado en injurias contra el Sr. Castelar, por el artículo que, juzgando la situación de la política española, ha publicado el ilustre tribuno en la *Petite Revue Internationale*.

El Gobierno, por boca del Sr. Capdepón, ha amenazado con procesarle.

El estulto Martínez y el impulsivo Tetuán, han preferido unos cuantos despropósitos en el Senado comentando dicho artículo.

¡Vaya! ¡Que sea enhorabuena, D. Emilio!

La escuadra norteamericana ha intentado forzar la entrada de Santiago de Cuba, atacando los fuertes de Punta Gorda, Morro y Socapa.

Pero al fin tuvo que retirarse con fuertes averías.

Que le causaron nuestros soldados con Punta Gorda.

El general Martínez se ha permitido decir en el Senado que el Sr. Castelar ha perdido la cabeza.

Nosotros no podemos decir otro tanto del supradicho general Martínez.

Un periódico nos hace saber, que un sacerdote francés, Mr. Bacín, ha estado molestando á los españoles apresados en el *Argonauta*, so pretexto de prepararlos á bien morir.

¡Ah, Bacín, tienes el nombre que te mereces!

La opinión sigue muy preocupada con el conflicto de la plata.

¡Pues no lo entendemos!

Porque ya nos enseñaron los estudiantes de Zaragoza el medio de resolver ese conflicto.

Dijo el inglés Salisbury:

«Tal como las cosas marchan, ninguna nación pequeña debe existir en el mapa.»

Mas, no hay que tomarlo en serio, porque son esas palabras,

en boca de Salisbury,

una gran SALISBURRADA.

Algunos diputados quieren obligar al Gobierno á que diga qué piensa hacer respecto de Filipinas.

Nos parece oír la respuesta de Sagasta:

—«En estos supremos momentos el Gobierno no puede hacer ciertas declaraciones... Hay que *comprimirse*, señores diputados y no *chincharnos* con preguntas. El patriotismo aconseja callar. En boca cerrada no entran moscas...»

Etcétera, etcétera.

Los españoles residentes en Manila, si hemos de creer á un periódico de Londres, han ofrecido 25.000 duros por la cabeza de Aguinaldo.

En mucho apreciaban esos españoles la *cabeza* de ese *cabecilla*.

¡No vale tanto la de Mac-Kinley.

—Va á establecerse un impuesto...

—¿Para los que ejercen cargos honoríficos? Me place.

—No es para los diputados ni ediles.

—¿Para qué entonces?

—¡Hombre, sobre el alumbrado!

—¿Sobre el alumbrado has dicho?

Entonces, apaga y vámonos.

—A mí ese impuesto me gusta.

—¿Por qué?

—Te voy á ser franco:

Porque existiendo ese impuesto no irá ya nadie *alumbrado*.

Según telegrafian á un colega, la viruela y la disenteria están causando muchas bajas en la escuadra de Dewey.

¡Vaya, pues nos alegramos!

Dicho sea con el mayor cristianismo posible.

Calma, no impacientarse, caballeros,

si los asuntos de la guerra andan un poco abandonados, porque ahora tienen más importancia

otros que le preocupan al Gobierno y á sus dos mayorías en las Cámaras.

Por si ha de tributar ó no la renta y por si graves son ó no unas actas,

andan los fusionistas divididos

y en un apuro grande está Sagasta.

Esto es lo que importa y lo que debe arreglar el Gobierno sin tardanza,

por ser esto más grave todavía

que si entrasen los yanquis en la Habana.

¡Piérdanse las colonias si es preciso

con tal de que se salven esas actas!

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.